

140 Aniversario de Fundación de nuestra Familia Josefina

El corazón de una madre, entregado plenamente, es un reflejo del Amor de Dios. Es acogida, es abrazo, es dar y recibir. Es amar y dejarse amar. El corazón de una madre es reflejo de la vida de Dios y Dios es Amor; y Dios quiere que lo anunciamos con nuestra vida.

Camila, toda su vida experimentó este amor de Dios, este abrazo y cuidado permanente y providente que la llenaba de confianza y gratitud. Pero más fuerte, fue esta experiencia desde que siente el llamado y la inspiración de acoger este carisma, el llamado a contemplar y vivir a Cristo Pobre en los Brazos del Padre.

Este carisma que la impulsó no sólo a dejarlo todo e iniciar una Fundación, sino a caminar pueblos y campañas, a recorrer dentro y fuera de la Patria los caminos, donando ese corazón de Madre, reflejo del corazón de Dios, y especialmente a quienes más carecían de esta maternidad.

En ella había un fuego que la hacía exclamar: “¡Por amor a mi Dios iría peregrinando hasta el fin del mundo!”, ¡cuánto amó a su Dios!, cuánto amó a los hermanos, cuánto amó a la Iglesia, a su Instituto, a la misión encomendada.

Camila se dejó formar y transformar por el Espíritu en una verdadera Madre y verdadera Hermana para todos, y para llegar a esta dimensión materna y fraterna, hay que llegar primero a ser verdadera Hija; y eso es lo que aprendió muy bien Camila, en su propia familia, la que Dios le regaló en esta tierra y especialmente, experimentando ser hija del Padre Celestial.

Pido y suplico al Buen Dios y también a todos ustedes, que nos ayuden a ser verdaderas madres, cada día, como Madre Camila, porque siendo buenas madres, ayudaremos a todos a encontrar y vivir su vocación única y sublime: la de ser hijo amado del Padre Celestial, la dignidad para lo que fuimos hechos y somos llamados, ser la tierra sagrada donde Dios habita.

Hna. Raquel